

SARAH RIVENS

CAPTIVE:  
NO JUEGUES  
CONMIGO

Traducción de Alicia Botella y María Brotons

**mr̄** ediciones martínez roca

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

Título original: *Captive: Tome 1*

© Hachette Livre, 2022

© por la traducción, Alicia Botella y María Brotons  
(Prisma Media Proyectos, S. L.), 2024

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Composición: Realización Planeta

© 2024, Editorial Planeta, S. A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: enero de 2024

ISBN: 978-84-270-5214-7

Primera edición en formato epub en México: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1245-7

Primera edición impresa en México: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1151-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

# 1

## Ver el final del túnel... o no

—¡Arriba! —me gritó mi propietario a la oreja.

Me desperté asustada.

El aliento le apestaba a alcohol y a tabaco. Con una mirada severa, me sacudió la cabeza brutalmente.

John. Una mierda de primera categoría, cosa que era fácil de deducir solo por su aspecto de vagabundo drogadicto sediento de dinero.

—¡Le pedí una gran suma, así que no puedo tardarme con la entrega! —exclamó en un tono falsamente alegre.

Me arrastré fuera de la cama bajo la mirada malévola de mi futuro expropietario. Todavía no era consciente de lo que estaba diciendo. Futuro expropietario.

Tropezó con torpeza: estaba borracho. Mierda, ¿cómo podía estar borracho a las nueve de la mañana?

Junto a mi cama había una vieja mochila vacía, encima de algunas cosas que John me había comprado para la ocasión: ropa interior, dos jeans y dos suéteres. Qué hombre tan atento.

Recogí las cosas del suelo y las metí de cualquier manera en el interior de la vieja mochila. Me puse unos zapatos desgastados y abrí la puerta del armario de escobas que me servía de habitación.

Tenía prisa por salir de ese lugar atroz. Para siempre.

Subí las escaleras con rapidez y me encontré cara a cara con el vagabundo que estaba esperándome ante la puerta principal.

—Ven aquí.

Recelosa, me acerqué. Pasó las manos flacuchas y asquerosas por mi melena despeinada intentando jalar de mis rebeldes mechones hacia abajo con la esperanza de arreglarme el pelo.

Al notar que me estremecía, el tipo me atrapó violentamente la mandíbula con los dedos y me obligó a mirarlo mientras escupía:

—Soy yo el que debería estar harto de tocarte, pequeña zorra.

Lo fulminé con la mirada, pero no dije nada. Con mano firme, me sacó. En retrospectiva, era un buen día. Sobre todo para mí.

Avanzó hacia el coche negro estacionado cerca de la entrada y abrió la puerta para meterme dentro de un empujón.

—No eres más que un horrible saco de problemas, sin mencionar las noches que te la pasas llorando como un bebé. Ese tipo pronto se dará cuenta y seguramente querrá que le devuelva el dinero, pero le dirás que eso es imposible.

Antes de que la puerta se cerrara, una mueca perversa

sa se le dibujó en los labios. Suspiré aliviada y se me calmaron los latidos cuando sentí que el coche arrancaba por fin.

El conductor no hablaba mucho, por suerte. Debía de tener unos cuarenta; su cuerpo parecía más imponente que el de John. Aparté la mirada para fijarme en los paisajes nuevos que se me presentaban tras los cristales polarizados.

Me alejaba del infierno en el que había pasado la mitad de mi adolescencia. En cierto sentido, era libre. Estaba lejos de John, quien me había arrancado de mi vida anterior; quien, por codicia, había considerado oportuno borrar me de la realidad.

«Soy libre. ¡Dios, llevo mucho tiempo soñando con este momento!»

Esa idea me hizo sonreír como una niña y se me llenaron los ojos de lágrimas. Empezaba a ver el final de un túnel en el que me había perdido por el único miembro de mi familia.

Sin embargo, temía a mi nuevo propietario. Sabía que no podía haber nadie peor que John, seguro, pero me preguntaba quién sería ese desconocido. ¿Qué pretendía hacer conmigo? ¿Iba a enviarle a *él* el dinero que yo ganara? Por cierto, no había tenido noticias suyas desde que había comenzado a trabajar.

Se me pasó por la cabeza la vaga idea de escapar, pero era demasiado tarde. Mi vida estaba arruinada y no tenía adónde ir. Y, sobre todo, no sabía adónde iba.

El trayecto era largo, muy largo. Se había hecho de noche. Me dormí al menos veinte veces. Después me con-

centré en el conductor, que no había hablado desde que habíamos salido. Si le preguntaba cuánto quedaba, ¿me respondería? Parecía gruñón y distante.

Finalmente sentí que frenábamos. Tragué saliva cuando vi a unos hombres al lado de la carretera. En cuanto el conductor bajó la ventanilla, mis ojos se encontraron con los de esas siluetas altas e imponentes.

—Déjenlo pasar —declaró una de las siluetas.

«Mierda, ¿dónde estamos? Tengo que preguntarle...»

Vacilé durante un largo momento. Justo cuando me decidí a preguntárselo, el vehículo se detuvo con brusquedad. El conductor se bajó y rodeó el coche para abrirme la puerta. Me sacó de la cabina tirándome del brazo con tanta fuerza que hice una mueca.

«No te preocupes, no voy a escapar. No tengo adónde ir, amigo.»

Con la mochila colgada del hombro, apretó un botón con el contorno luminoso que había en el portal y esperó sin dirigirme la mirada y sin decirme una palabra. No había nada a nuestro alrededor, más allá de la carretera que se extendía detrás de mí y la puerta que tenía delante separándome de mi futura casa, protegida por un largo muro.

—Aquí está —dijo con frialdad el conductor mirando hacia una cámara de vigilancia en lo alto del muro.

La puerta se abrió automáticamente. Me arrastró a toda velocidad por un camino que me pareció eterno. A lo lejos había una casa enorme con más ventanales que paredes. «¿Mi nuevo propietario no ha visto nunca películas de miedo? Porque estas cosas suelen llamar la atención de los psicópatas.»

Era una casa grande, demasiado grande. A mi izquierda, rodeada por un césped cortado a la perfección, había una inmensa alberca. Mucho más abajo vi una entrada; parecía ser la del garage.

El conductor me agarró el brazo con más fuerza. Estaba segura de que sus dedos se me quedarían marcados en la piel. Tocó la puerta principal y nos recibió un hombre bastante mayor que nos observó con expresión neutra.

—Rick está en el segundo piso, con los demás —dijo sin apartar la mirada.

¿Rick? ¿Mi nuevo propietario se llamaba Rick?

—¿Están todos allí?

El hombre asintió brevemente y se apartó. Le dedicó una sonrisa cortés que no me devolvió; prefirió voltear la cabeza y hacer como si no hubiera visto nada. «¿Por qué le sonreí?»

Subimos los escalones blancos de la casa sin decir nada. Aunque no pude visitar las diferentes estancias, me fijé en que había varias puertas. ¿Habitaciones? ¿Quién necesitaría tantas habitaciones en casa?

Al llegar al segundo piso oí voces apagadas provenientes del fondo del pasillo. Tragué saliva con el corazón acelerado. Angustiada por el sonido de todas esas voces desconocidas, me estremecí cuando nos paramos ante la famosa puerta de la que salía aquel ligero alboroto. La puerta que separaba mi futuro incierto de mi pesadilla actual.

Tras tocar la puerta, el conductor esperó tranquilo. Percibí unos pasos. Se abrió la puerta y vi a un hombre más joven que el que había visto abajo: debía de rondar los cin-

cuenta. Me observó con aquellos ojos azules mientras tensaba unos labios delgados. Al menos, él sí que sonreía.

—¡Has tardado mucho! —exclamó mirando al conductor.

—Lo lamento, había problemas de tráfico en la carretera principal y tuve que tomar otra ruta.

El hombre asintió con la cabeza y fijó la atención en mí. Se oyeron susurros tras él. Se apartó de la puerta para dejarnos pasar y la cerró detrás de nosotros.

Hice una mueca cuando el conductor me soltó el brazo; me dolía. Ante mí había un grupo de personas algo mayores que yo. Eran cuatro: dos chicas y dos chicos. Estaban sentados en sillas de oficina, de piel, mirándome, juzgándome sin permiso, como si yo fuera un bicho raro.

Detesté esa sensación.

—Doy por terminada esta reunión con un no rotundo —declaró uno de ellos al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

Esa voz particularmente ronca pertenecía al único hombre rubio de los allí presentes. Le caían unos cuantos mechones de cabello alborotado sobre unos ojos grises. Tenía una mirada penetrante que intimidaba tanto como su imponente cuerpo. Apartó la vista de mi rostro cuando el cincuentón susurró:

—Ash, no seas quisquilloso. Es perfecta para el negocio. Su anterior propietario me dijo que es muy descarada.

«¡Vaya, eso es lo que llaman “publicidad engañosa”!»

—¡Yo no quiero una cautiva nueva, Rick! Carajo, mírala, ¡si parece un zombi! No sacaremos nada de ella, aparte



de tocar fondo todavía más —escupió Ash señalándome con el dedo.

Aunque me dolió que fuera tan cruel a la hora de describirme, me mantuve en silencio. No tenía intención de defenderme, y mucho menos en ese momento.

Me miró con un asco que debería estar prohibido. Se me formó un nudo en el estómago al invadirme de golpe un pensamiento: ¿y si me enviaban de vuelta a casa de John?

No, por favor.

—¡Me da igual lo que digas, es preciosa! —replicó Rick acercándose a mí—. Justo como a ti te gustan.

Me puso una mano en la mejilla y me aparté de forma instintiva. El conductor volvió a agarrarme el brazo con fuerza, pensando tal vez que iba a huir.

—¿Eres miedosa? Pequeña..., en ese caso no te hubieras metido en este mundo.

Murmuró aquella frase con una sonrisa ligeramente ladeada.

«Nunca quise aventurarme en su mundo por voluntad propia. Lo hice por ella y solo por ella», pensé.

—Ash, si quieres, puedo probarla yo por ti. Solo para ver cómo se desenvuelve en el terreno... —propuso una voz masculina.

Esbocé otra mueca; los ojos oscuros del segundo hombre, que no dudó en examinarme con un brillo perverso en la mirada, me sacaban de quicio. Se había tatuado un pájaro en el cuello, tenía el cabello de color ébano y una mirada tan penetrante como la del rubio.

—Toda tuya, invita la casa.

—Ben no puede tener dos cautivas, Ash, no es negociable.

El tal «Ash» seguía mirándome con asco. Comprendí que él era mi nuevo propietario y que no le había gustado. Las dos chicas se susurraron algo que no pude oír desde mi posición.

—¡SALGAN DE AQUÍ! —gritó Ash—. Y ¡LLÉVENSELA!

Su segunda frase me sobresaltó. El mayor del grupo, Rick, puso los ojos en blanco cuando lo vio dirigirse a la puerta.

—Es lo que él habría querido que hicieras —dijo en voz baja.

El joven se detuvo en seco. Giró la cabeza para fulminarlo con la mirada y volvió la atención a los miembros del grupo. No se habían movido, observaban la escena en silencio. Perpleja, esperé una respuesta de ese hombre de cabellos claros que no quería nada de mí.

—Sin él, nunca habría entrado en sus malditos asuntos.

Rick suspiró antes de limitarse a replicar:

—Ahora que estás dentro, debes dirigir nuestro negocio como lo hizo él. Ya sabes que ellas la pasan muy mal.

—Y para eso debes aceptar a tu nueva cau...

—¡Cállate, Kiara! —la cortó Ash.

Ser la causa de aquella discusión me hacía sentir bastante incómoda. La parte buena era que estaba lejos de John. La parte mala era que pronto tendrían que amputarme el brazo, pues ya no sentía si me circulaba la sangre.

El tal Rick le hizo una señal con la cabeza al conductor, que finalmente me soltó y se fue. Ahora me había

quedado a solas con aquellos dos hombres y con el resto del grupo. Me llevé una mano al brazo para masajearme con suavidad.

La atmósfera que se había creado me incomodaba. A decir verdad, detestaba ser el centro de atención. En ese momento solo tenía un deseo: cavar en el suelo y enterrarme mientras esperaba a que los demás encontraran una solución a sus problemas.

El tipo rubio salió de la habitación rápidamente, dejándome con ese tal Rick, quien volteó hacia mí sonriendo con todos los dientes.

—¡Bien! Ahora que el problema está solucionado, permíteme que me presente. Me llamo Rick, y estos son Ben, Kiara y Sabrina —indicó mientras señalaba con el dedo a los presentes.

La joven llamada Kiara, quien por cierto era muy guapa, me saludó con la mano. Unos rizos castaños le caían en cascada por los hombros. Tenía la nariz fina, y la sonrisa y los ojos claros y cálidos. Sabrina poseía cierto aire de *femme fatale* que yo nunca podría lucir, así como unos ojos almendrados y unos labios carnosos. Sus rasgos exóticos me hicieron pensar que podría tener orígenes latinos. Mostraba la sonrisa forzada que yo misma solía fingir cuando estaba con John.

Justo le dediqué esa sonrisa.

—Tu antiguo propietario nos cobró caro para poder tenerte —continuó—. Espero haber tomado la decisión adecuada...

—Mi propuesta sigue en pie, ¿eh? —recordó el otro joven encogiéndose de hombros.

Ben era el perverso.

—Uno de ustedes irá a preguntarle a Ash dónde dormirá su nueva cautiva.

Ninguno se dignó a moverse; todos hicieron como si no hubieran oído nada. Rick negó con la cabeza, exasperado, y le dirigió una mirada severa al perverso.

—¡Ve tú! ¡Yo tengo mejores cosas que hacer que quedarme atrapado en una cama de hospital! —exclamó el moreno.

—¿Puedo ir yo? —preguntó una de las dos chicas.

Sabrina.

—No —respondieron al mismo tiempo los dos hombres, sin tan siquiera mirarla.

Sabrina puso los ojos en blanco y se quedó en su asiento frunciendo el ceño.

—Kiara, baja tú.

El perverso soltó una risa burlona mientras la joven negaba con la cabeza y se cruzaba de brazos. Ante la oscura mirada de Rick, acabó cediendo y levantándose. Masculló algo incomprensible y salió de la habitación.

Unos minutos más tarde oímos gritos sordos y vimos reaparecer a Kiara con expresión contrariada. Enojado, Rick me puso los dedos en el brazo... «Pero ¿qué les pasa a todos con mi brazo?»

Sin embargo, cuando estábamos a punto de irnos, el joven rubio reapareció en la habitación; al entrar, casi rompe la puerta. Me agarró por la muñeca y me arrebató de la mano del otro hombre.

«Al menos me agarró por la muñeca...»

Salimos a toda prisa de la habitación. Maldiciendo,

corrió escaleras abajo; estuve a punto de caer. Abrió una puerta en el primer piso.

Hice una mueca por la presión que ejercía en mi muñeca. Dimos un paso y llegamos a un pasillo húmedo y oscuro. Después del clóset para las escobas, ahora me tocaba dormir en una bodega. Qué suerte la mía.

Abrió una segunda puerta y me empujó violentamente al interior de la habitación. Perdí el equilibrio. Oí cerrarse la puerta antes de que me diera tiempo para levantarme. La estancia solo estaba iluminada por una pequeña ventana entreabierta que dejaba que el aire frío del invierno invadiera la «habitación». Solo había un viejo colchón en el suelo, sin almohadas ni cobijas.

Tragué saliva al oír ruido de objetos rompiéndose y gritos desde arriba. Eran los gritos de una sola persona: mi nuevo propietario.

Abrí mi vieja mochila y saqué mis dos suéteres con la esperanza de que me calentaran durante esa primera noche. Tras varios minutos ensordecedores, percibí el ruido de motores a través de la pequeña ventana y comprendí que iban a irse, que me dejaban sola con mi nuevo y enajenado propietario.

Me había preguntado cómo podía dormir ese tipo, con la casa llena de ventanales, y ahí tenía la respuesta. «Es un psicópata. No le dará miedo atraer a sus semejantes.»

Me puse a examinar lo que había a mi alrededor buscando algo más que no fuera un vulgar colchón que supuse que estaría sucio. No había nada aparte de la puerta de hierro que contenía una trampilla en la parte inferior. «Ay, no, parece una cárcel.»

Al oír pasos en el techo, levanté la cabeza. ¿Podía ser que estuviera en la habitación de arriba? Se me escapó un suspiro. A pesar de que la fatiga se iba apoderando de mí dulcemente, era incapaz de dormir, pues mi cabeza no dejaba de repasar una y otra vez los últimos acontecimientos.

Tras varias horas mirando el techo perdida en mis pensamientos, empezaron a pesarme los párpados. Intenté conciliar el sueño acurrucada sobre mí misma para calentarme.

Al final casi empecé a echar de menos a John.

## 2

# Mujer de negocios

La noche se me hizo terriblemente larga, casi interminable. Además de estar muerta de hambre, necesitaba con urgencia ir al baño. Sin embargo, debía esperar a que se abriera esa maldita puerta.

Los rayos del sol, que apenas entraban por la pequeña ventana de la parte superior, hicieron que al final pudiera ver la habitación, en la que no había, como me esperaba, nada más que un viejo colchón.

Rezaba para salir lo antes posible de esa bodega, pero cuanto más tiempo pasaba, más perdía la esperanza. El joven que vivía en la enorme casa no se había movido. Al menos no había vuelto a oír sus pasos. Mientras tanto, yo daba vueltas en círculos, en un vano intento de calmar mi vejiga, que estaba a punto de explotar.

Cuando por fin oí ruidos en el techo podría haber llorado de alegría. Impaciente por salir, me situé frente a la puerta dando saltos. Oía su voz sorda. No entendía lo que decía, pero una cosa quedaba clara: estaba vivo.

Era un buen comienzo.

La espera me torturaba. Los minutos pasaban como horas, y nada.

«¿Por qué no viene? ¿Me va a dejar morir de hambre? ¿Puede una persona morir por no hacer pipí?» Ese pensamiento me revolvía el estómago.

«No se alegró mucho con mi llegada. ¿Quiere acabar conmigo para que lo deje en paz? Carajo.»

Podía esperarme cualquier cosa de un maldito psicópata que dormía sin cortinas. Yo tampoco quería estar ahí. Entonces ¿por qué no hacer un pacto para que pudiera retomar mi vida donde la había dejado?

Había pasado por lo menos una hora desde que había oído sus pasos. Era la única posibilidad. ¿Tal vez se había olvidado de mí? ¿Sería posible? ¿Tenía que gritar? Mis preguntas se evaporaron con el sonido de la cerradura. Di gracias al cielo, pero no fue la puerta lo que se abrió, sino la trampilla. Me pasó una charola con agua y un pan de chocolate.

—¡No, no, no! No te vayas, por favor, necesito ir al baño —exclamé golpeando la puerta con fuerza para que me abriera.

Sonó otro chasquido, y una chica del grupo apareció ante mí. Kiara. Reconocí sus rizos castaños y sus ojos azules.

Con una sonrisa triste, me tomó de la mano.

—¡Dios mío, estás helada! —dijo con horror.

No respondí. Mi cerebro solo tenía un objetivo: aliviar la vejiga antes de que explotara. Salimos del sótano y recorrimos un pasillo que nos condujo a un baño. Me dejó entrar y cerró la puerta.

Una vez que mi vejiga se vació, solté un suspiro de



alivio. Después de lavarme las manos, toqué la puerta. Me abrió enseguida.

—Le voy a pedir a Ash que te traiga cobijas, ¡aquí hace mucho frío! ¿Cómo pudiste dormir?

«No dormí nada, ¿sabes? Estaba esperando impaciente a que amaneciera para que tu “Ash” me trajera comida y me dejara ir al baño.»

Como respuesta, me encogí de hombros. Me explicó que Ash no se levantaba pronto por la mañana y que ella lo sustituía. Pero ese psicópata estaba despierto, ¡lo había oído!

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—¿Cautiva? —respondí sin demasiada convicción.

—Me refiero a tu verdadero nombre. —Se rio.

—Ella, me llamo Ella.

—¡Qué bonito! Yo soy Kiara.

Esa chica estaba alegre desde temprano, rebosaba energía. Yo hacía tiempo que no hablaba con alguien de mi edad, o al menos de mi generación; también hacía mucho que nadie me preguntaba mi verdadero nombre.

Nos dirigimos hacia mi celda. Con una pequeña sonrisa vergonzosa, me dijo:

—No te preocupes, no será siempre así. Ash pronto te tratará como te mereces. Solo necesita un periodo de «aceptación».

Terminó la frase con una mueca. Asentí, no muy convencida, y volví a sentarme en el colchón. Me sonrió una última vez antes de cerrar la puerta con llave.

Devoré el pan de chocolate y me terminé el vaso de un trago. No estaba en absoluto saciada, pero era mejor

que nada. Los rayos de sol dejaban ver el polvo y las partículas flotantes de la habitación. A pesar de su débil calor, hacía frío.

—Qué maravilla... —susurré mirando a mi alrededor.

Encerrada entre cuatro paredes, oía voces hablando sobre mi cabeza. Me tumbé dándole vueltas a cómo había llegado a este punto. Pensé en todos, desde ese rubio que me daba tanto asco y que, casualmente, no era otro que mi propietario, hasta el hombre mayor.

¿Qué querían de mí? John me había utilizado para venderme a sus clientes, que no eran más que unos cerdos que buscaban chicas jóvenes para masturbarse. Sin consentimiento, por supuesto. Pero esta gente ¿qué esperaba en realidad de mí?

Suspiré al pensar en las palabras de esa escoria, que no paraba de repetir que yo era «un saco de problemas». ¿Por culpa de quién? Él era el responsable de todos mis males, de todas las veces que me habían violado, de todos mis traumas psicológicos y físicos, tan anclados en mi alma.

Esa pesadilla había empezado con él.

Me preguntaba si iba a salir del sótano. Normalmente, cuando John no estaba, yo podía andar por la casa, sin salir nunca. Cerraba las puertas y contrataba a gente para que me vigilara, día y noche.

Había intentado escaparme, varias veces. Pero cada vez era la misma farsa: sus hombres me encontraban, me daban una paliza y dejaban que las heridas se curaran sin la ayuda de medicamento alguno. Para que el dolor perdurase.

Decía que mi cara, tan inocente, atraía demasiado a sus clientes como para dejarme ir. La cuestión era: ¿por

qué? Nunca me había mostrado activa, me daban asco, por favor.

Era una chica a la que habían entregado contra su voluntad a animales con impulsos enfermizos. Lo había hecho por ella, por su seguridad, por su salud. Imaginé que ahora ya nadie me necesitaba. Y esperaba que mi tía tampoco. Por ella me había dejado arrastrar a esto. Pero nunca pidió saber de mí desde que me fui de su departamento. Me preguntaba si por fin había terminado su desintoxicación y pagado todas sus deudas gracias a mi trabajo.

Así, llegué a los veintidós años habiendo sido la cautiva de un hombre que me había vendido a los seres más despreciables, personas repugnantes que tenían suficiente dinero como para financiar sus proyectos ilegales por todo el país. Después me habían enviado a casa de otro hombre, para otros proyectos. «¡Qué buena mujer de negocios soy!»

Aquellos pensamientos me agotaron. Cerré los ojos y me dejé llevar por ese sueño que no había logrado conciliar por la noche.



Me despertó el ruido de la cerradura. Me levanté y esperé para ver qué se abría. La trampilla respondió a mi pregunta: ahí tenía un plato de pasta casi quemada y agua.

La habitación estaba más oscura. Comprendí que ha-

bía caído la noche y que había dormido durante casi todo el día.

Me estremecí al sentir la pasta quemada contra el paladar. Pero tenía que comer. Me obligué a terminarme el plato y el vaso; coloqué la charola cerca de la trampa. Luego volví a ocupar mi lugar en el colchón, con los ojos clavados en la pared.

Si mi madre viera en lo que se había convertido su hija, ella, que seguramente habría querido que fuera médica o florista... O tal vez veterinaria. Por suerte ya no estaba aquí. Me sentía tan avergonzada...

Se supone que mi estancia en Florida no iba a durar para siempre. Tenía previsto volver a Australia, mi país natal, cuando cumpliera la mayoría de edad. Pero era obvio que Estados Unidos había decidido retenerme más tiempo.

—¿Ella? —me llamó una voz detrás de la puerta.

Fruncí el ceño y giré la cabeza.

—¿Sí...? —contesté.

—Soy Kiara. Voy a dejarte salir esta noche, ¿está bien? Ash trabaja y pensé que estaría bien que te quedaras en otro lugar que no fuera este nido de ratas...

No pude evitar reírme en voz baja. Asentí con la cabeza, pero me di cuenta de que no podía verme. Puse los ojos en blanco ante mi estupidez.

—Entonces ¿qué te parece?

—Sí..., ¡está bien! —exclamé con un toque de entusiasmo en la voz.

Abrió la puerta con una sonrisa cálida en los labios y me sacó del sótano. Subimos las escaleras que llevaban al

vestíbulo. Kiara me condujo a una sencilla sala de estar. Los muebles oscuros combinaban a la perfección con el blanco de las paredes, creando un escenario moderno y armonioso. Había una enorme pantalla encendida con un programa de televisión que llenaba el silencio de la estancia. El sofá negro de piel, sobre el que había esparcidos almohadones de los mismos tonos, era tan grande que, sin duda, tres personas podrían dormir en él. Parecía muy cómodo.

Había una chimenea de mármol blanco justo debajo de la pantalla. Las llamas bailaban y se movían desincronizadas, haciendo la escena aún más encantadora. Una charola con dos vasos de cristal y tres cajetillas de cigarrillos vacías reposaba descuidadamente sobre la mesa de centro, que estaba lacada en negro.

—Por favor, ponte cómoda, voy a preparar chocolate caliente —dijo Kiara mientras me invitaba a sentarme.

Lo hice sin protestar. Como había imaginado, el sofá era muy cómodo. Me ofreció una taza de chocolate caliente, le di las gracias y me puse a ver el programa, que no conocía.

A decir verdad, no conocía muchos. Cuando estaba en casa de John veía sobre todo dibujos animados. Di un sorbo a mi bebida caliente y, después de una eternidad, mis papilas gustativas redescubrieron el dulce sabor del chocolate.

—Me encanta este programa, es un concurso para encontrar al mejor cocinero.

—No lo conozco —admití casi avergonzada—, pero... parece ser bueno.

Me reía cada vez que Kiara comentaba las escenas. Por primera vez, me sentía bien. Compartía conmigo su buen humor; no había hablado con una chica desde los dieciséis, por lo que estaba feliz.

—Háblame un poco de ti —me pidió Kiara mientras dejaba su taza en la charola—. ¿Cómo acabaste haciendo esto? Sé que la cautiva de Ben lo hace por dinero, y la de Rick empezó por su hijo, pero ¿tú? ¿Tienes un hijo, como Ally? ¿Te gusta el dinero, como a Sabrina?

Casi me atraganto. ¿Yo? ¿Un hijo? Así pues, John no les había contado cómo me convertí en su cautiva. ¿Debía hacerlo yo? Creía que ya lo sabían.

Me aclaré la garganta. Muerta de vergüenza, intenté encontrar las palabras.

—Mi tía me pidió que... trabajara para John mientras ella se recuperaba y pagaba sus deudas —confesé nerviosa.

Kiara me miró sin poder creerlo. Después empezó a reírse. ¿Qué era tan gracioso?

Fruncí el ceño, molesta. Estaba burlándose de mí.

—Ay, Dios, ¡qué graciosa eres! —Se rio mientras negaba con la cabeza—. Ahora, dime la verdad: ¿por qué quisiste empezar?

¿Pensaba que estaba bromeando? Qué inocente.

—Yo... Es la verdad —respondí más seria.

Me miró fijamente, tratando de encontrar el menor rastro de mentira. Cuando se dio cuenta de que estaba siendo sincera, sus ojos se abrieron como platos y perdió todo el color de la cara. No debía de esperarse una causa tan... ¿horrible o insensata?

—Tú..., tú... Lo siento... Pensaba... Perdóname, yo...

Por Dios —tartamudeó mientras me miraba con compasión.

O tal vez con lástima. Y yo odiaba causar lástima.

—No pasa nada —le dije.

Me tomó de la mano y empezó a hacerme preguntas sobre mi pasado y lo que había vivido con el rastrero. Respondí con un monólogo:

—Vivía en Sídney. Tras la muerte de mi madre, me vi obligada a vivir con mi tía. Me trajo a su casa, a Florida. Tenía que cuidar de mí hasta que fuera mayor de edad. Pero las drogas la sedujeron..., y al final no tenía dinero para pagar nada. Yo aún era joven..., pero podía ver que se desvanecía poco a poco. Estábamos en peligro por culpa de su *dealer*, que amenazaba con venir por nosotras si no pagaba sus deudas a tiempo.

Hice una pausa, y me vinieron a la mente nuestras noches llenas de miedo.

—Mi propietario, John, era un amigo de su *dealer*. Le propuso «acogerme bajo su techo».

Se me formó un nudo en la garganta. Para mi tía yo no valía nada. Probablemente era una carga de la que quería deshacerse.

—Ella aceptó... Me dijo que era por nuestro bien. No me di cuenta de que iba a sacrificar mi vida por la suya. John me «alquilaba» a hombres tan viejos y repugnantes como cadáveres en descomposición.

Ese comentario hizo que Kiara soltara una risita. La imité antes de continuar con mi historia. Una historia que contaba por primera vez. Y sin soltar una sola lágrima. ¿Tan vacía estaba?

—El dinero que le proporcionaba no era solo para mi tía, sino también para los negocios de John. Esos hombres adoraban hacerme daño. Cuanto más lloraba, más violentos se ponían.

Kiara se estremeció del asco y me miró mientras yo apartaba los ojos. No estaba cómoda con esa parte de mi historia. Me sentía tan sucia, tan rota...

Pero ya no lloraba. Había derramado demasiadas lágrimas antes de aceptar mi suerte, y no me gustaba llorar delante de desconocidos, detestaba la lástima que se adivinaba luego en sus ojos.

—Es horrible, lo siento tanto... Tú... Ahora todo terminó. Hablaré con Rick sobre tu tía. No sé si está al corriente... Mierda, ¡qué cabrón es John!

—Por su culpa estoy así —murmuré señalando mi cara, tan pálida, y mi cuerpo, tan flaco y cubierto de cicatrices mal curadas.

Kiara abrió los ojos como platos y exclamó:

—¿Perdón? ¿Estás bromeando? ¡Eres preciosa, Ella! Si Ash no fuera tan testarudo, te habría retenido entera para él.

Una pregunta me quemaba en los labios. Sabía que no era asunto mío, pero quería saberlo.

—¿Por qué no quiere tener una cautiva?

Se aclaró la garganta en un vano intento de poner una expresión neutra, a pesar de que sus ojos la habían traicionado.

—Es complicado, pero no te lo tomes como algo personal. Ash es el tipo de persona que culpa a todo el mundo cuando está enojado.

Asentí al entender que no iba a darme más informa-



ción. Al fin y al cabo, ese psicópata no era más que un perro rabioso y caprichoso.

Seguimos con la conversación. Me habló de las otras dos cautivas, Ally y Sabrina, a las que ya conocía. Kiara no era una cautiva, sino que se dedicaba a gestionar la mercancía con Ben. Le gustaba el trabajo porque formaba parte de, como ella lo llamaba, «una de las mayores redes de Estados Unidos», dirigida por Rick y Ash. También porque podía pagarse los mejores asientos en los conciertos sin miedo a no llegar a fin de mes.

«¿Así que ahora estoy en una banda, también sin mi consentimiento? De mal en peor.»

Kiara se puso tensa cuando oyó que la puerta principal se abría. La observé sin entender mucho. Giró la cabeza lentamente, y yo seguí su mirada. Se me aceleró el pulso cuando vi al psicópata de pie en la entrada, con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

«Mierda.»

—¿Qué hace esta aquí, Kiara?